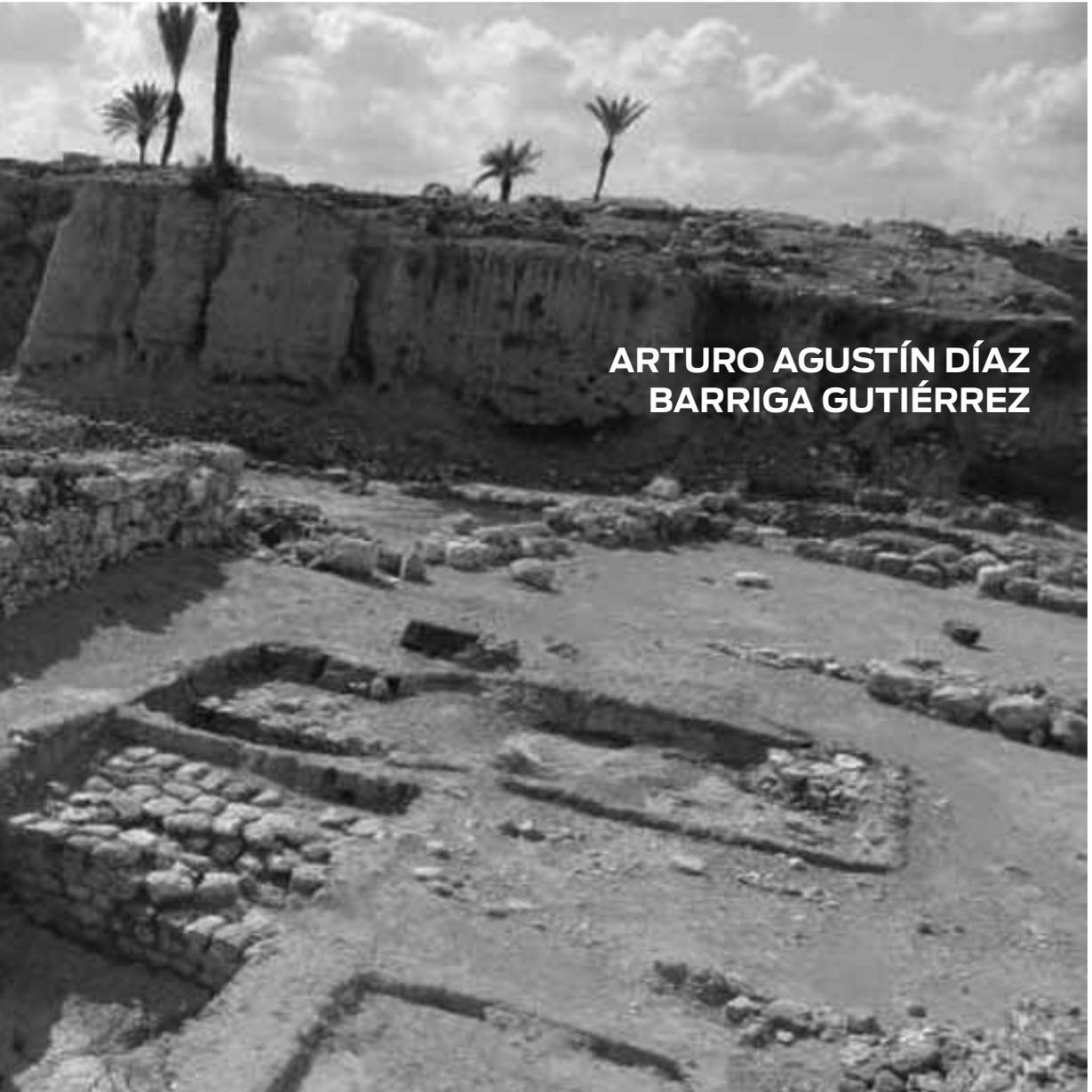


La invención del mesías. El rey
JOSÍAS
y la Reforma Deuteronomista



**ARTURO AGUSTÍN DÍAZ
BARRIGA GUTIÉRREZ**

RESUMEN

Hablar del Mesías evoca irremediablemente una figura específica, un personaje mitificado al punto de ser considerado como una especie de prototipo del rey ideal: David. Sin embargo, es importante comprender que si bien la figura de David es retomada y mitificada con fines políticos y religiosos, no es él sino un descendiente suyo, Josías, quien constituye el primer modelo del mesías ideal. Al trasladar el prototipo mesiánico de David a Josías se aborda de una mejor manera el surgimiento de esta ideología, identificando el periodo josiánico como un momento contrarreligioso, el cual permitió la introducción de la dicotomía verdadero-falso y la de pecado-salvación, estrechamente ligadas con el mesías. En este trabajo se identifica el contexto histórico, las motivaciones políticas y económicas que se encontraron detrás del movimiento deuteronomista, el cual sentó las bases no sólo del mesianismo sino también del judaísmo.

Palabras claves: Mesías, rey David, deuteronomista, judaísmo.

ABSTRACT

Talking about the Messiah evokes irremediably a specific figure, a mythified character to the point of being considered a kind of prototype of the ideal king: David. However, it is important to understand that although the figure of David is retaken and mythologized for political and religious purposes, it is not he but his descendant, Josiah, who constitutes the first model of the ideal messiah. By moving the messianic prototype of David to Josiah, the emergence of this ideology is best addressed by identifying the Josianic period as an anti-religious moment which allowed the introduction of the true-false dichotomy, as well as sin-salvation closely linked to the messiah. . This work identifies the historical context, the political and economic motivations that were found behind the Deuteronomist movement, which laid the foundations not only of messianism but also of Judaism.

Key words: Messiah, King David, Deuteronomist, Judaism.

SÍNTESIS CURRICULAR ARTURO A. DÍAZ BARRIGA G.

Es licenciado en Historia por la Universidad Autónoma Metropolitana. Sus intereses se enfocan en el estudio de las religiones, especialmente el judaísmo. Tiene un Diplomado en Ciencias de la

Religión por la Universidad Autónoma de Querétaro y actualmente se desempeña en el área de genealogía del Centro de Documentación e Investigación Judío de México.

Para comprender mejor el origen y las motivaciones que se encuentran detrás de la reforma Josiánica, debemos tener claro primero el panorama político interno, regional e internacional que dotó de ciertas facilidades para que el pequeño reino de Judá intentara un proyecto de esa magnitud.

En primer lugar, se debe mencionar que el reino de Judá después del periodo de Manasés era un Estado altamente centralizado y bien organizado que, además, daba muestras de un notable grado de alfabetización, ya que se han encontrado numerosos vestigios de escritos corrientes de la época, sobre todo con funciones administrativas (Finkelstein y Silberman, 2011, p.317).

En segundo lugar, en el ámbito internacional asistimos entre el 640 y el 590 a un proceso de decadencia y hundimiento del imperio asirio. Además de la presión de las tribus escitas en las fronteras septentrionales del imperio, Asiria se encontró con problemas graves dentro de su propio territorio, teniendo conflictos con los pueblos de Babilonia y Elam. En el año 625 el caldeo Nabopolasar se proclamó rey de Babilonia y se sublevó en contra del imperio asirio; además, en 623 estalló una guerra civil en el seno del imperio.

Esta situación llevó al imperio asirio a retirar, de forma pacífica, su control en la región sirio-palestina, dejando libres las ciudades filisteas de las tierras bajas y el territorio que perteneció al reino de Israel. Egipto, que intentaba recuperar su antiguo poder político, ocupó las tierras costeras, pero mostró poco o nulo interés en las tierras altas. La desaparición del control asirio y el poco interés egipcio por las tierras del extinto reino del norte crearon un vacío en la región que intentó aprovechar el reino de Judá, llevando a cabo un proyecto de expansión hacia el oeste y sobre todo al norte.

Este proyecto de expansión hacia el norte

dirigido por Josías, rey de Judá, requería de una propaganda política de gran dimensión y para llevarla a cabo encontró en la religión un importante aliado. Su abuelo Ezequías fue el primer rey de Judá en implementar una verdadera reforma religiosa, introduciendo de manera oficial el concepto de exclusividad de culto y de fidelidad a YHWH. Esto se narra en el Libro de los Reyes como un descubrimiento del Libro de la Ley, presumiblemente una primera redacción del Deuteronomio, supuestamente escrito por Moisés durante los trabajos de renovación del templo de Jerusalén (2Re 22, 8; 2Re 22, 10:11).

Josías, por su parte, llevó la reforma religiosa, la cual fue política y social también, a una nueva dimensión iniciando además una corriente de recopilación y redacción de las tradiciones tanto del extinto reino de Israel como del de Judá, con la finalidad de dotar al pueblo judío de un texto histórico-mitológico y religioso que fuera un elemento identitario importante y de cohesión grupal. Este movimiento, conocido como Deuteronomista, fue iniciado por Josías, pero no fue sino en los años posteriores —durante el exilio en Babilonia— que se consolidó. Las ideas centrales que fueron la directriz del movimiento Deuteronomista son también las principales ideas a partir de las cuales se forma la esperanza mesiánica, después de la destrucción del reino de Judá y el exilio en Babilonia.

A continuación se identificaron esos elementos centrales del mesianismo con ayuda de los textos bíblicos pertenecientes a la llamada Obra Histórica Deuteronomista (Josué, Jueces, Samuel y Reyes), pero también los fragmentos cuyo origen ha sido identificado como de cuño deuteronomista que se encuentran en otros textos del Tanaj, siempre siguiendo el texto de Franz J. Stendebach (1996). Se contextualizaron para comprender cómo detrás de ellos se encuentra la experiencia de un grupo y su respuesta ante un



momento histórico coyuntural determinado, en este caso el vacío de poder en la región sirio-palestina provocado por la retirada de Asiria a raíz de su decadencia.

Al tratarse de un proyecto cuya finalidad era la de ocupar el vacío político dejado por Asiria y la expansión territorial hacia el norte es evidente que uno de los elementos centrales, y quizá el más importante de ellos, fuera la tierra. Esto lo podemos encontrar en forma de alusiones a una promesa de la ocupación de las tierras cananeas en los fragmentos de redacción de la Torah, los cuales remontan la promesa a tiempos ancestrales en los cuales YHVH realiza un pacto con Abraham y los demás patriarcas, estableciendo incluso fronteras específicas para esta Tierra prometida (Gen 13, 14-15; Gen 26, 2-3; Ex 23, 31-33).

Además, en la obra histórica deuteronomista encontramos que casi la mitad de ella, en el tiempo comprendido entre la conquista de Josué y el reinado de Salomón, tiene como tema central la conquista del territorio, la cual, según el historiador deuteronomista, no se logra sino hasta el reinado de David. Momento en el que se alcanza la máxima extensión territorial bajo el gobierno de la monarquía unida, la cual, según el texto bíblico, alcanza su máximo esplendor bajo el reinado de Salomón (1Re 5, 1; 1Re 5, 5).

Investigaciones recientes como las de Israel Finkelstein y Neil Silberman (2011) y Mario Liverani (2005) sostienen que esta extensión territorial no pudo haber sido posible en los tiempos de Salomón, y, por supuesto, tampoco es probable la existencia de una monarquía unificada que tuviera el control sobre ese territorio. No obstante, el proyecto expansionista requería una legitimación de la posesión y control del territorio que quería anexionarse, logrando esto mediante la conceptualización de una promesa de la divinidad YHVH y volviendo sagrada la ocupación de esa tierra. Pero no sólo eso, sino

que además se remontaba el control efectivo del territorio a los tiempos de los fundadores de la dinastía reinante en Judá: David y Salomón, convirtiendo a estos reyes y a sus descendientes (Josías en concreto) en los herederos ya no sólo de la promesa, sino de la realización de ésta.

Por otro lado, al abarcar estas pretensiones territoriales una zona originalmente perteneciente al reino de Israel, se debieron llevar a cabo dos estrategias. Primero, se tenía que lograr un reforzamiento de la cohesión nacional; si bien es evidente que ambos reinos (Israel y Judá) compartían ciertos rasgos culturales y étnicos en común, tales como la exclusión de la carne de cerdo de la dieta alimentaria y la adoración del dios nacional YHVH, desde antes de la formación de los reinos los grupos que habitaban las tierras altas se constituyeron siempre en dos núcleos principales; el objetivo de la reforma era estrechar estos lazos que unían a ambos grupos para formar una identidad común y, así, un verdadero pueblo de Israel unido. Es así como se empieza a formar la idea de una confederación tribal comprendida por doce tribus descendientes de los hijos de un ancestro en común: Jacob-Israel.

La segunda estrategia necesaria era el reforzamiento de la autoridad de Judá y su capital Jerusalén sobre las demás tribus de Israel. Esto encontró respuesta de dos maneras: la centralización extrema del culto en torno al templo yahveísta de Jerusalén, y la exaltación de la dinastía de David cuyo origen era judaíta.

Se abordara primero la cuestión de la centralización del culto en la capital judaíta. Como ya se mencionó, Josías retomó la idea, implementada primero por su abuelo Ezequías, de exclusividad de culto, de fidelidad exclusiva y de supresión de cultos y rituales hasta ese momento comunes entre la población de ambos reinos. Esta prohibición reforzaba la autoridad de la capital, además de

expresar en términos religiosos una exigencia elemental de cohesión nacional (Caquot, 2006, p.188), al convertir la práctica exclusiva de las festividades yahveístas como signo identitario del grupo.

Pero no sólo se habla de una exclusividad del culto a YHVH sobre los demás dioses, elemento que como veremos más adelante se refuerza gracias al concepto de alianza entre YHVH e Israel, sino que se hace evidente una centralización radical del culto en torno al templo yahveísta jerosolimitano, templo que de igual manera se remonta a los tiempos gloriosos de Salomón (1Re 5, 17; 1Re 6, 1).

Por otro lado, se encuentran también la condena de otros sitios de culto, ya no sólo de otros dioses, sino también yahveístas, sobre todo en el reino de Israel. Tal es el caso de los templos de Dan y Betel, adjudicados en el Libro de los Reyes a la apostasía de Jeroboam, primer rey de Israel (1Re 13, 27; 1Re 12, 30). En el caso del sitio de Betel se puede constatar con textos de tradiciones más antiguas, como la llamada elohista, que era un sitio en el que antiguamente se adoraba al dios de Israel, debido a que este lugar es al que la tradición atribuye la lucha de Jacob con el ángel (Gen 28, 17-19). Estos sitios fueron destruidos, según el Libro de los Reyes, en tiempos de Josías durante su reforma religiosa (2Re 23, 15).

Por último, es probable, como apunta Liverani (2005, p. 211), que la pascua, una vieja fiesta pastoral, encontrara modificaciones también en tiempos de Josías, convirtiéndose en una fiesta de peregrinación que potenciara la convergencia de los fieles de todo el reino en el santuario central (Ex 12, 24-27; Dt 16,5-6; 2Re 23, 21-23). Esto quiere decir que no solamente se considera errónea la adoración de otros dioses, sino que además el lugar exclusivo para la adoración, realización de rituales y fiestas tradicionales, era el templo de Jerusalén que además fue escogido por el propio YHVH (Dt 12, 5-6; Dt 12, 13-14). Esto

terminó imbuyendo de una sacralidad muy importante no sólo al templo sino a la ciudad de Jerusalén, que de esta reforma encuentra los elementos que la convertirían en una imagen arquetípica muy común en las religiones tradicionales: la del centro del mundo (Eliade, 2009). Lo cual hacía único al sitio, que era considerado como tal, dotándolo de múltiples mitos de explicación etiológica que justificaran su importancia. Fue esta idea y el carácter sagrado del templo y la ciudad la que prevaleció durante el exilio, lo que alimentó la esperanza por el retorno a ella, dirigido por el mesías hijo de David.

Ahora bien, otro punto importantísimo que comenzó a establecerse con fuerza en el seno del movimiento Deuteronomista fue la de la alianza entre YHVH y el pueblo de Israel. A este respecto tanto Finkelstein y Silberman (2011, p. 309) como Liverani (2005, p. 194) concuerdan en que la alianza y los términos bajo los cuales se establece, presentados en el Deuteronomio, se encuentran fuertemente influidos con los principios básicos de los tratados asirios de vasallaje, donde se fijaban derechos y obligaciones de los reinos súbditos para con su soberano. El reino de Judá, influido con esta ideología y acostumbrado a ser vasallo de otros reyes más poderosos, ante el vacío dejado por Asiria sustituye esta dependencia y este pacto de fidelidad al emperador asirio por una a YHVH (Liverani, 2005, p.208). Así se traslada la confianza a YHVH, datando a los tiempos de Moisés la firma de un pacto que garantiza la salvación y la prosperidad del pueblo israelita, a cambio de la fidelidad absoluta y exclusiva (Dt 28, 1-2; Dt 28, 15; Dt 28, 69).

Esta ideología del pacto sirvió además para explicar los acontecimientos sufridos por el reino de Israel y se da un paso im-

portante al considerar los acontecimientos históricos como obra de YHVH. De esta manera, como dice Eliade, los hechos históricos “adquieren una significación religiosa [se convierten en] de teofanías negativas” (Eliade, 2010, p.452). Así, los eventos acaecidos en los últimos tiempos se deben a que se rompió el pacto y, si el pueblo quería encontrar la salvación, debía volver a obedecer los mandatos de YHVH (Dt 28, 36; Dt 28, 49-50).

La formación de esta ideología sirvió perfectamente para explicar la sumisión del reino de Judá al de Israel durante gran parte de la historia. Antes de su destrucción por los asirios, el reino de Israel fue mucho más próspero que el de Judá. Por tanto, ahora que Judá trataba de legitimar su supremacía sobre las demás tribus y su liderazgo en la “reconquista” del territorio perteneciente al reino de Israel, se debía explicar de alguna manera esta situación. El historiador deuteronomista introduce en el Libro de los Reyes la explicación a esto, adjudicándolo a la apostasía de Salomón y castigarlo al otorgar parte del reino a su adversario norteño (1Re 11, 11-13; 1 Re 11, 31), aunque siempre dejando presente la preferencia de YHVH por la casa real del reino sureño fundada por David (1Re 11, 39).

Se puede distinguir en toda la obra histórica deuteronomista un ciclo distintivo que caracteriza a la historia de Israel, un ciclo que consiste en tres momentos: pecado, castigo y salvación. Ciclo que se rompe gracias a la llegada de algún caudillo o rey piadoso que sigue los mandamientos de YHVH y dirige al pueblo de Israel al camino correcto y la liberación del castigo impuesto por él. Este ciclo se puede reconocer fácilmente en El Libro de los Jueces (Jue 2, 18-19) y, como se verá a continuación, es



Betel era un sitio en el que se adoraba al dios de Israel.”

posible que se haya ideado para fortalecer la posición de Josías como mesías.

Como se mencionó con anterioridad, y de acuerdo con la mayoría de los autores, la esperanza mesiánica está estrechamente ligada con la monarquía, pero no con cualquier monarquía, sino que el mesías tenía que ser irremediamente un descendiente de la casa de David; la gran mayoría de las profecías mesiánicas del periodo del exilio presentan al enviado de YHVH como el hijo de David. Como se ha sostenido en este trabajo, consideramos que este requisito que debe cumplirse para ser tomado en cuenta como mesías, encuentra explicación en el momento de la reforma josiánica. Hasta ahora hemos analizado otros elementos centrales que se explican por la expectativa de ampliación del territorio y centralización religiosa y política en Jerusalén, pero evidentemente esta reforma debía de igual manera legitimar a la persona que encabezaba el proyecto, es decir al rey Josías.

En primer lugar, se debe mencionar que el texto de la redacción deuteronomista hace constantemente una apología de la monarquía, a pesar de las contradicciones que por momentos surgen, debido —entre otras cosas— a las contradicciones originadas por los agregados de la tradición sacerdotal, se encuentran fragmentos que defienden la necesidad de un monarca (Jue 21, 25).

Ahora bien, además de esto se hace también hincapié en la predilección de YHVH por la dinastía davídica. Ya vimos cómo en el relato que explica la separación de los reinos y la superioridad “momentánea” de Israel, se sostiene que a pesar de los castigos que se infligirán a la casa de David estos no serían para siempre. Esto, además, se complementa con un fragmento del Libro de Samuel, en el cual se promete a David la permanencia

eterna de su dinastía (2Sam 7, 12-16).

De esta manera, la monarquía se reinterpreta como una nueva alianza entre YHVH y David, alianza análoga a la realizada entre YHVH y el pueblo de Israel, el monarca como representación del pueblo (Eliade, 2010, p. 428). Es así como los reyes del linaje de David se convierten en los únicos soberanos legítimos de todos los territorios de Israel. Lo importante respecto al tema es que la apología no gira sólo en torno a la monarquía y la dinastía davídica, sino que la obra deuteronomista realiza un juicio entre los mismos reyes pertenecientes a la casa de David, en función de la obediencia o no del cumplimiento del

pacto con YHVH; siempre bajo la forma religiosa de la reforma, se juzga si se cumplió o no con la fidelidad exclusiva que demandaba la divinidad. Así, encontramos en los dos Libros de los Reyes una línea que describe cómo el rey en cuestión desobedeció los mandamientos de YHVH (Re 16, 2). De este juicio negativo sólo se salvan tres: David, fundador de la dinastía y modelo de rey ejemplar; Ezequías, abuelo de Josías y primero en realizar una reforma religiosa de corte exclusivista, y el mismo Josías del cual se dice que “hizo lo que es correcto a los ojos del Señor y que no

hubo antes otro rey que se entregara como él lo hizo a cumplir la ley de Moisés” (2Re 22, 2; 2Re 23, 25).

Ya se mencionó que se considera el fragmento de los jueces —que explica el ciclo histórico del pueblo de Israel roto por un líder, en un principio jueces y ahora rey—, como una especie de refuerzo a la autoridad y legitimidad de Josías como el descendiente de David, capaz de terminar con la idolatría del pueblo y de liberarlo de las catástrofes para gobernar sobre un reino comparable al de David y Salomón. Pero, además de esto, consideramos que la mayoría de los personajes



David fundador de la dinastía y modelo de rey ejemplar.”



descritos en la obra histórica deuteronomista son trazados siguiendo las características adjudicadas a Josías (Finkelstein y Silberman, 2011, pp. 308 y 312).

Por ejemplo, en un fragmento del Libro de los Reyes en el cual se muestra a Josías frente al pueblo leyendo el libro del pacto recién encontrado en el Templo (2Re 23, 2-3), se pueden encontrar elementos que nos recuerdan a la figura de Moisés, renovando así el pacto realizado con el pueblo del éxodo y olvidado por los reinos de Israel y Judá.

En otros fragmentos podemos vislumbrar la figura de Josué, quien en la historia deuteronomista comanda a las tribus de Israel en la conquista de Canaán, campaña que se puede explicar como una batalla en contra de la religión tradicional israelita. Por esto se nos presenta nuevamente el tema de la eliminación de elementos rituales y religiosos ajenos a la tradición exclusivista de YHVH, con Josías eliminando todos estos elementos

considerados una idolatría y ajenos a la religión nacional (2Re 23, 4; 2Re 23, 7; 2Re 23, 8; 2Re 23, 14).

Además, también encontramos a Salomón, el mítico rey constructor del grandioso templo de Jerusalén, el cual buscaba centralizar y monopolizar el culto de YHVH. Por su parte, apreciamos en el texto de Los Reyes un fragmento representativo (2Re 23, 15), que demuestra la rivalidad del santuario de Betel, supuestamente establecido por Jeroboam, y su destrucción a manos de Josías, quien devuelve así la exclusividad del culto en Jerusalén, lugar escogido por YHVH.

La figura de David fue de suma importancia para la legitimación de la dinastía. Como hemos visto, es a él a quien YHVH le hace la promesa de mantener su linaje en el trono de Israel para siempre. No obstante, debido a la apostasía de Salomón se narra una ruptura interna que sufre el reino unido de Jerusalén, representada y acentuada en términos religiosos con la creación por parte de Jeroboam de santuarios que se enfrentan al de Jerusalén; pero, como vimos, a pesar de esto se mantiene en el relato la promesa hecha a David y en unos versículos posteriores encontramos una profecía hecha a Jeroboam, poco después de establecer los santuarios del norte, la cual hace una mención directa a Josías, presentándolo como el futuro heredero de David que pondrá fin a la división del reino y la idolatría, unificando nuevamente a Israel en torno al lugar escogido por YHVH: Jerusalén (1Re 13, 1-2).

Por último, se encuentra otro fragmento (2Re 23, 19-20) en el cual podemos encontrar cómo se expresan por medio de la religión las pretensiones sobre el territorio de Israel, ya que nos describe cómo Josías eliminó todos los altos lugares de las ciudades de Samaria. Si bien nunca se consiguió la anexión total del territorio, el texto nos muestra un Josías victorioso en la destrucción de estos lugares y su retorno a Jerusalén.

Una vez descritos uno a uno los elementos esenciales de este movimiento que constituyó la génesis del mesianismo y probablemente del judaísmo, podemos vislumbrar cómo las pretensiones territoriales y políticas del reino de Judá encuentran en la religión el medio idóneo para llevarlas a cabo. La introducción de la idea de una Tierra Prometida y una Alianza con el dios YHVH, con la condición de adoración única y fidelidad, cristalizaron en lo que puede ser considerado el primer momento contrarreligioso (Assmann, 2006) de importancia para el recién unificado pueblo de Israel. Además, el relato proporcionado por la fuente deuteronomista demuestra una clara simpatía por el personaje de Josías, atribuyendo a su persona la consecución de los objetivos planteados por el proyecto político y religioso que él encabezaba, atribuyendo esos mismos logros y características de manera retroactiva a personajes de la historia israelita que adquieren de esta manera un carácter mitológico, logrando así conceder una mayor autoridad y legitimidad al monarca reinante. Todas estas características atribuidas a Josías lo convirtieron en el heredero no sólo de David, sino también de los demás personajes mitológicos de la nueva religión exclusiva y, por lo tanto, la persona en quien se cumple la promesa de YHVH.

Como se señaló con anterioridad, la historia narrada en el Libro de los Jueces constituye un ciclo compuesto por tres elementos: pecado, castigo y salvación. La caída del pueblo de Israel en la idolatría y, por tanto, la ruptura de su alianza con YHVH es el pecado. El castigo se presentaba como un abandono temporal del pueblo por YHVH y por consiguiente una dominación extranjera: egipcia, filistea, asiria. La salvación venía por la corrección de las prácticas idólatras, generalmente bajo la dirección de algún caudillo o monarca piadoso y elegido por YHVH para recordarle a Israel su alianza con él. A

imagen de estos Jueces, Josías es el elegido por YHVH para romper definitivamente con este ciclo negativo instaurando definitivamente la adoración única de YHVH entre el pueblo de Israel, para llevar a cabo la promesa hecha por su dios de establecerse definitivamente en la Tierra Prometida, gobernando desde el lugar elegido por YHVH para habitar: Jerusalén.

Esta reforma, implantada en este momento contrarreligioso específico liderado por Josías, lo convirtieron en el Mashiaj (משיח) no sólo en su calidad de monarca ungido, sino además en calidad de elegido de YHVH: de hijo de la promesa. Un líder para guiar a Israel a su religión verdadera y única, ocupando la tierra prometida por dios a los patriarcas y a David.

BIBLIOGRAFÍA

- Assmann, J. (2006). *La distinción mosaica o el precio del monoteísmo*, Toledo: AKAL Editores.
- (2014). *Monoteísmo y violencia*, España: Fragmenta Editorial.
- Eliade, M. (2010). *Historia de las creencias y las ideas religiosas I. De la edad de piedra a los misterios de Eleusis*, Madrid: Paidós.
- (2009). *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*, 6ª reimpresión, España: Alianza/Emecé.
- Finkelstein, I. y Silberman, N. A. (2011). *La biblia desenterrada. Una nueva visión arqueológica del antiguo Israel y de sus textos sagrados*, Madrid: Siglo XXI.
- Küng, H. (2006). *Judaísmo. Pasado presente y futuro*, Madrid: Trotta.
- Liverani, M. (2005). *Más allá de la Biblia. Historia antigua de Israel*, Barcelona: Crítica.
- André Caquot (2006). *La religión de Israel desde los orígenes hasta la cautividad en Babilonia*. En Henri-Charles Puech (coord.), *Las Religiones Antiguas* vol. II, 1 México: Siglo XXI.
- Stendebach, F.J. (1996). *Introducción al Antiguo Testamento*, Barcelona: Herder.